



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana.**

### **“Los misterios de la Vida de Jesús”**

**S.M.I. Catedral de La Habana  
5 de marzo de 2010.**

#### **Tercera Catequesis: “Jesús anuncia el Reino de Dios”.**

Poco tiempo después de haber bautizado a Jesús, se produjo el arresto de Juan el Bautista. Esto decide a Jesús a lanzar su misión a fondo. Así nos lo describe el evangelista San Marcos: “Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: “Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios, conviértanse y crean en la Buena Noticia...”. Marcos relata no sólo el comienzo de la vida pública de Jesús, sino que nos presenta además el contenido esencial de su mensaje.

Veamos cómo lo cuenta el evangelista Mateo: “Recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el evangelio del Reino, curando las enfermedades y las dolencias del pueblo” (4, 23). Ambos evangelistas definen el anuncio de Jesús como Evangelio del Reino, o Evangelio de Dios.

Veamos el significado de la palabra evangelio. En general todos lo traducen como “Buena Noticia”. Pero la palabra evangelio encierra un significado mucho más rico, que viene del uso dado a esa palabra por los contemporáneos de Jesús. El término era empleado por los emperadores romanos que se consideraban señores del mundo, sus salvadores. Las proclamas que emitía el emperador, y que eran vociferadas en las plazas, no eran tomadas como una simple noticia, sino que contenían siempre un anuncio de algo bueno que remediaba las calamidades del pueblo y que harían evolucionar al mundo para bien de la gente, era un mensaje, pues, dinámico, salvador.

Los evangelistas, al tomar la palabra evangelio dicen ante todo que Jesús habla con autoridad (y más que el emperador, que se creía un dios, pero no lo era). Además, evangelio no es una noticia informativa, para que sepamos algo, sino una fuerza que penetra el mundo para salvarlo y transformarlo. No es el emperador el que puede salvar al mundo, sino Dios.

El mensaje fundamental de ese anuncio salvador del Evangelio es que “el Reino de Dios está cerca”. Este anuncio constituye el centro de la actividad de Jesús, por eso la expresión “Reino de Dios” aparece 122 veces en el Nuevo Testamento.

Observando a Jesús, sus palabras (discursos y parábolas que se refieren al Reino), sus acciones (los milagros, que manifiestan la llegada del Reino), nos damos cuenta de que el tema del Reino de Dios está muy presente en Jesús, podemos decir que es su “idea-fuerza”.

¿Cómo nace y se estructura esta “idea-fuerza” en Jesús?

Recordemos que el bautizo de Jesús marca el comienzo de su misión; pero no se trata del punto de partida de una vocación que El descubre en su bautismo; desde antes El conocía que tenía esa misión, el bautismo lo decide a empezarla.

Pero, ¿desde cuándo supo Jesús que El tenía una misión especial en su vida?

Veamos. Desde que Jesús, como todo niño, se abre al mundo que lo rodea descubre su entorno y un poco más tarde su origen. Si se le pregunta a cualquier persona: ¿desde cuándo tú sabes quién tú eres y quiénes son tus padres? Probablemente te respondería: “desde siempre”, o “desde que tengo uso de razón”. Y es así. Sin embargo, si se le pregunta ¿desde cuándo descubriste que querías ser médico o ingeniero o pintor? La respuesta sería muy variada y elaborada, explicando

las incidencias de la propia vida y las inclinaciones o gustos personales que se le fueron revelando. No fue así en Jesús.

Desde que El se abrió a la realidad del mundo familiar y social que fue el suyo, una doble vertiente orientó su vida siempre con más fuerza al pasar los años: que El tenía una relación habitual y profunda con Dios Padre y que estaba en este mundo con una misión de Dios Padre.

Esto, que llevado a la oración crea una especie de conciencia oracional en Jesús, se perfila justamente en su oración, donde se produce y acrecienta ese encuentro con Dios Padre, del cual El sabía muy bien, a los doce años de edad, era lo más importante en su vida. “¿No sabían que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?” (Lc 2, 49).

Ya Jesús en su primera adolescencia tenía esa conciencia religiosa que lo llevaba a decir mi Padre, no Dios, ni el Padre. Desde su infancia Jesús sabe que tiene una especial relación con el Padre; y por esta misma razón experimenta que toda su vida está marcada por esa especial relación. Su misión en la vida depende de esta unión con el Padre. Más tarde El lo explicaría a sus discípulos: “El Padre y yo somos uno”, “mi comida es hacer la voluntad del Padre”.

Jesús en su oración sabe que el Padre del cielo quiere el bien de los hombres, que los ama, que los quiere librar del mal. En su unión profunda con el Padre Jesús queda como espontáneamente penetrado por el querer del Padre respecto a los hombres, y por el mismo hecho sabe que su presencia en el mundo es parte de ese querer del Padre, de ese amor de donación del Padre hacia los hombres y que esto debe ser vivido por El en medio del mundo para que los hombres, viéndolo a El, vean al Padre: “Felipe, quien me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn 14, 9).

Jesús se sabe y se siente también parte del pueblo judío, de su pueblo, con su historia de esclavitud, de éxodo, de esplendor, de guerras y frustraciones y también de esperanzas. Esperanzas que se formulaban siguiendo los textos proféticos de modos distintos: El pueblo de Dios sería salvado viniendo Dios mismo en persona (“Yo mismo iré...”) o Dios enviará a alguien a salvar a su pueblo. Ambas formas de actuación salvadora de Dios o de mesianismo existen en los textos bíblicos y todas estas ideas en el Antiguo Testamento se asocian a la idea del Reino.

El Reino es una promesa de futuro:

- Aparecerá la “gloria del Señor” (Is 40, 1-5):  
“Consuelen, consuelen a mi pueblo - dice el Señor. Hablen al corazón de Jerusalén y díganle bien alto que ya ha cumplido su milicia, ya ha satisfecho por su culpa, pues ha recibido de mano del Señor castigo doble por todos sus pecados. Una voz clama: “En el desierto abran el camino del Señor, tracen en la estepa una calzada recta a nuestro Dios. Que todo valle sea elevado, y todo monte y cerro rebajado; vuélvase lo escabroso llano, y lo accidentado planicie. Se revelará la gloria de Dios, y toda criatura la verá. Pues la boca del Señor ha hablado”.
- Amanecerá la “salvación” (Is 52, 1-12):  
“¡Despierta, despierta! ¡Revístete de tu fortaleza, Sión! ¡Vístete tus ropas de gala, Jerusalén, Ciudad Santa! ... Sacúdete el polvo, levántate, cautiva Jerusalén, Líbrate de las ligaduras de tu cerviz, cautiva hija de Sión... ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia la salvación, que dice a Sión: “Ya reina tu Dios!” ¡Una voz! Tus vigías alzan la voz, a una dan gritos de júbilo, porque con sus propios ojos ven el retorno del Señor a Sión...”.
- Llegará “el Reino” (Is 40. 9-10; Mal 3,1):  
“Súbete a un alto monte, alegre mensajero para Sión; clama con voz poderosa, alegre mensajero para Jerusalén, clama sin miedo. Di a las ciudades de Judá: “Ahí está el Señor”. Ahí viene el Señor con poder, y su brazo lo sojuzga todo...”.
- “He aquí que yo envío a mi mensajero a allanar el camino delante de mí, y enseguida vendrá a su Templo el Señor a quien ustedes buscan; y el Ángel de la alianza, que ustedes desean, he aquí que viene, dice el Señor”.
- Derramará “su Espíritu sobre el Ungido y sobre toda carne” (Is 61,1):

“El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto que me ha ungido y me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres”.

Con este trasfondo en la vida de su pueblo, Jesús se descubría a sí mismo como el enviado del Padre para anunciar y establecer el Reino. Esa era su razón de ser, para esto había venido El a este mundo.

Además, sentía y sabía que El era la esperanza definitiva de los hombres, la grande y última oportunidad que Dios, a través de El, daba a la humanidad. Jesús aparece como un hombre cogido por su misión. El es la misión del Padre. La misión en El será la que lo lleva a desplegar la idea-fuerza del Reino.

¿Qué es el Reino de Dios?

Hemos visto que en su oración Jesús iba creciendo en intimidad con el Padre, con la plena conciencia de saberse enviado por El a testimoniar su amor a los hombres, pero El era parte de su pueblo y tenía que dar ese testimonio en consonancia con las esperanzas fundadas en los anuncios proféticos de la venida de un Salvador, de la llegada con El del Reinado de Dios.

Jesús sabía que El venía enviado por el Padre a traer ese Reino; con El llegaba el Reino. Esta es la noticia dinámica, que cambia la historia, que El mismo y sus discípulos deben comunicar a los hombres. Por esa frase empieza su presentación a sus coterráneos: “el Reino de Dios” está cerca. ¿Pero en qué consiste realmente ese Reino?

La palabra Reino, traducida del griego Basileia (βασιλεία σου θεοῦ) tiene varias acepciones: soberanía, realeza de Dios, ejercicio de esa realeza sobre sus súbditos, o sea, reinado, y también el ámbito o espacio donde se ejerce, el reino.

Se resume la palabra de Dios en dos sentidos: dinámico y espacial: los dos se encuentran en la predicación de Jesús. Ver para esto las parábolas del Reino.

De estos tres significados posibles: dignidad real, ejercicio de su poder, ámbito o espacio de su soberanía, el segundo es el fundamental: ejercicio de su poder o reinado. Jesús anuncia que Dios viene para ejercer sobre los hombres efectivamente su condición de rey.

La pregunta que nos hacemos, ante el reinado de ese rey es ¿cómo se ejercita ese reinado, cómo se despliega esa acción del rey para reinar? ¿Cómo será su reinado? ¿Va a caracterizarse por la exigencia, beneficencia, dominación, paz y perdón, juicio y condenación?

Vemos que, a diferencia del Bautista, el de Jesús es una oferta incondicional de gracia por parte de Dios. Esa oferta aceptada o rechazada determina el destino del hombre que es invitado a escuchar y acoger el mensaje salvador; es también una invitación a la conversión, a la fe. Por eso, el Reino es a la vez una oferta de Dios y un descubrimiento del hombre que reclama una aceptación para ser vivido como una inmensa gracia, pero que al mismo tiempo tiene que ser conquistado y por ello es también fruto del esfuerzo.

Con respecto al tiempo de la llegada de ese reino podemos decir que es un reino venido, viniente y por venir.

Encontramos la frase: “El Reino de Dios está cerca” y otra que dice: “Ha llegado ya el Reino de Dios”. Jesús daba inicio a un Reino que llegaba, pero que no alcanzaría su plenitud sino al final de los tiempos. Todo hombre es invitado ya a acoger ese Reino que llega ahora a él, pero que alcanzará su plenitud cuando Cristo entregue toda la creación y humanidad redimida al Padre.

¿Cuál es el contenido real del Reino? Jesús nunca lo define, sino que lo hace presente con su predicación, con sus milagros, con sus relaciones y con la amistad que El brinda. Reino es lo que pasa en Jesús y con Jesús, lo que Dios realiza por medio de Jesús. Lo mejor es comprenderlo a la luz de las parábolas que comienzan con la frase de este estilo: “Con el Reino ocurre como...”.

En ellas el Reino aparece como:

- Sujeto de un proceso en curso: El Reino de Dios llega, se acerca, se abre paso.
- Como centro de un acontecimiento que nos transforma: es lo que le sucede a alguien que se ha encontrado un tesoro o una perla (Mt 13, 44-46):

“El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo. También es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas, y que, al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra”.

- Como un regalo, un don de Dios destinado al pueblo de Israel, pero que le será quitado para entregárselo a otro pueblo que dé frutos (Mt 21, 43):  
“Por eso les digo: Se les quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos”.

- Como un proceso de crecimiento (la semilla, la levadura, el grano de mostaza, Mt 13):  
“Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó a orillas del mar. Y se reunió tanta gente junto a él, que hubo de subir a sentarse en una barca, y toda la gente quedaba en la ribera. Y les habló muchas cosas en parábolas. Decía: “Una vez salió un sembrador a sembrar. Y al sembrar, unas semillas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comieron. Otras cayeron en pedregal, donde no tenían mucha tierra, y brotaron enseguida por no tener hondura de tierra; pero en cuanto salió el sol se agostaron y, por no tener raíz, se secaron. Otras cayeron entre abrojos; crecieron los abrojos y las ahogaron. Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. El que tenga oídos, que oiga”.

Y acercándose los discípulos le dijeron: “¿Por qué les hablas en parábolas?”. El les respondió: “Es que a ustedes se les ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Porque a quien tiene se le dará y le sobraré; pero a quien no tiene, aún lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. En ellos se cumple la profecía de Isaías: “Oír, oirán, pero no entenderán, mirar, mirarán, pero no verán”.

Otra parábola les propuso, diciendo: “El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras su gente dormía, vino su enemigo, sembró encima cizaña entre el trigo, y se fue. Cuando brotó la hierba y produjo fruto, apareció entonces también la cizaña. Los siervos del amo se acercaron a decirle: “Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?”. El les contestó: “Algún enemigo ha hecho esto”. Los siervos le dicen: “¿Quieres, pues, que vayamos a recogerla?”. El amo les dice: “No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquen a la vez el trigo. Dejen que ambos crezcan juntos hasta la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: Recojan primero la cizaña y atenla en gavillas para quemarla, y el trigo recójalo en mi granero”.

Otra parábola les propuso: “El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas”. Les dijo otra parábola: “El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo”.

Todo esto dijo Jesús en parábolas a la gente, y nada les hablaba sin parábolas, para que se cumpliese el oráculo del profeta: “Abriré en parábolas mi boca, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo”...

También es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases; y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen en cestos los buenos y tiran los malos. Así sucederá al fin del mundo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de entre los justos y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes.

“¿Han entendido todo esto?” ellos dicen: “Sí”. Y él les dijo: “Así, todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo”.

- Como un dinamismo que está transformando ya la historia (Mt 12, 28):  
“Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a ustedes el Reino de Dios”.

- Como realidad que se manifestará al final de la historia cuando venga el Hijo del Hombre (Mt 13, 47-50):  
 “También es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases; y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen en cestos los buenos y tiran los malos. Así sucederá al fin del mundo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes”.

A la luz de estas expresiones podemos decir que el Reino tiene como origen y contenido a Dios, por introductor en la historia a Cristo. De ahí nace en el hombre una invitación a configurar su vida en correspondencia a como Dios se ha manifestado.

El Reino no es un hecho resultante de la naturaleza, ni un fruto de la cultura, no es el reino de la paz universal, ni es la sociedad alternativa, ni la utopía ya realizada. Los ideales de la Ilustración, que dieron origen a la Revolución Francesa, Karl Marx, el socialismo y el capitalismo han nacido de la entraña de la humanidad. Son expresiones del Reino del hombre y tienen la gloria y también los límites propios del hombre.

El Reino de Dios predicado por Jesús es un proceso espiritual resultante de un designio divino y no de una maduración de la conciencia humana.

No es una realidad concluida, sino una acción iniciada que no va ciegamente hacia sus metas, sino que va desarrollándose, integrando en ella la libertad del hombre.

El Reino de Dios abarca el presente y el futuro, al hombre y a Dios, el corazón humano y la sociedad. El Reino se recibe de Dios y es Dios mismo. Por eso en la oración del Señor pedimos “Venga a nosotros tu Reino”. Los contenidos del Reino de Dios y del reino del hombre pueden ser convergentes, pero el Reino de Dios no se identifica con el reino de los hombres.

En su Reino Jesús anuncia que Dios es Padre en amor, perdón, acogida de los pobres, de los marginados, enfermos y pecadores. Estos fueron los destinatarios privilegiados de la acción y del mensaje de Jesús.

Ya podemos dar una respuesta a la gran pregunta de todos los que han entrado en contacto con Jesús, desde sus primeros discípulos hasta tantos hombres y mujeres hoy: ¿Quién es Jesús?

Jesús es el mensajero de la llegada de Dios a la historia como gracia, sanación y acogida incondicional del hombre. Con Jesús y en Jesús irrumpe el Reino de Dios en la tierra. Bien podemos dividir los tiempos de la historia en antes de Cristo y después de Cristo. Su Reino entró en el mundo, pero es otra cosa diferente de los reinos de la tierra.

Cuando Jesús comparece ante Pilato, delegado del emperador romano, para ser juzgado, éste le dice: “Con que tú eres rey”. Jesús le responde: “tú lo has dicho: ‘yo soy rey’, pero mi reino no es de este mundo, si de este mundo fuera mi reino habría mandado a mis soldados que vinieran a librarme, pero mi Reino no es de aquí”.

Nosotros somos los ciudadanos de este reino de los cielos y por eso mismo Jesús nos dice cómo debe ser nuestra actitud y comportamiento: “Ustedes están en el mundo, pero no son del mundo”.

Y El mismo ora por sus discípulos antes de padecer en la Cruz: “Padre, yo no te pido que los saques del mundo, sino que los libres del mal”.

En este mundo nuestro hemos de proclamar con nuestra vida a todos los hombres: “El reino de Dios está en medio de ustedes”.

#### Bibliografía:

- Jesús de Nazaret (PP. Benedicto XVI)
- Cristología (Olegario González de Cardedal)
- El destino de Jesús (Schürmann)
- Y otros autores: Durrwell, Guardini.